

se presentara bien armado y bien montado; le aconsejaba que no ocupase en el Oriente de México más que á Veracruz, Jalapa y Córdoba; que un cuerpo de tropas mexicanas expedicionara por las tierras calientes, para evitar que las enfermedades de ese clima destruyeran á los europeos; para los usos correspondientes le remitía diez mil fusiles y mil carabinas; deploró las condecoraciones que Forey había dado á los mexicanos y aconsejaba no concederlas sino por acciones de mérito bien comprobado; se mostraba muy satisfecho porque Bazaine había hecho retirar el decreto sobre confiscación, y creía que debía sujetarse la marcha política al programa contenido en la proclama que expidió Forey al llegar al territorio mexicano; pedía que le fuera señalado algún general de brigada, entre los de la expedición, para ascenderlo. 'Haced cuanto podáis, le decía á Bazaine, para decidir á los generales Doblado y Comonfort, á que se adhieran á nuestra causa, pues este sería uno de los mejores medios de alcanzar una solución definitiva.'"

De aquí el que Bazaine hubiese abierto negociaciones con varios generales republicanos, aunque seguidas con suma discreción y por intermediarios bien escogidos, lo que no impidió que el ejército francés sospechara y se disgustase, arrojando la responsabilidad sobre el comandante en jefe, sintiéndose los militares franceses más dispuestos á matar que á temporizar; después de la penosa y larga campaña que habían sostenido, veían con disgusto los adelantos que hacían los republicanos que encontraban, al defecionar, no solamente perdón sino recompensas y favores; pero el ejército no sabía que la conducta de Bazaine era el resultado de las órdenes de su Emperador, quien en las instrucciones dadas á Forey había seguido una conducta diametralmente opuesta, diciéndole que desconfiase de Doblado, y ahora tan sólo reiteraba la recomendación de no tratar de esos asuntos con los hombres del gobierno de Juárez.

Bazaine adquirió datos acerca de Doblado, y en una nota le calificó de esta manera: "Las relaciones de Doblado con la Intervención, han estado siempre afectadas de duplicidad; no hace sino males á su país, pero en compensación mucho bien á sus intereses personales." No obstante, Bazaine se propuso atraerlo al partido de la Intervención, pues urgía apresurar el término de una situación harto falsa, que torturaba constantemente el ánimo de Napoleón al ver sacrificadas sin provecho porción de existencias. En cuanto al pensamiento dominante que le había impulsado á la expedición, desconocido, burlado porque no había tenido éxito, había sido mal secundado y peor conducido, ya por un ministro tan apasionado y poco previsor cual era Saligny, ya por un jefe tan imprudente cual Laurencez y un general tan poco activo y nada diplomático como lo fué Forey. La oposición no veía en todo esto más que á Napoleón, á quien dirigía ataques sin tregua ni descanso. Este, bajo el aspecto impasible y frío, ocultaba los accesos de una impaciencia que no podía demostrar de ningún modo.

Fijo su pensamiento en México, esperaba que los asuntos mejorarían desde que Bazaine tomó el mando en jefe; por todos los correos le escribió y cuando



*Luis Adolfo Thiers.*

Estadista é historiador francés. En la tribuna combatió la política de Napoleón III, pidiendo que el ejército francés se retirara de México, después de un avenimiento con el Presidente D. Benito Juárez.

no tenía algo nuevo que comunicarle, le repetía sus consejos, le alentaba y estimulaba con la reiterada expresión de su confianza y de su amistad sincera; le impulsaba á que hiciera todo lo que le pareciera útil; con la seguridad de que siempre aprobaría sus hechos, recomendándole sin cesar que ensanchara la legión extranjera con cuadros de buenos oficiales franceses y soldados mexicanos, pues era necesario prepararse para llamar las tropas y dejar que el nuevo gobierno en México tuviera á su disposición una fuerza organizada. Se impacientaba si Bazaine no le enviaba noticias.

Quando á principios de Febrero regresó á la capital este general entró por la noche con solo una escolta; la ciudad se sorprendió al tener noticia de un regreso tan inesperado. La presencia de Bazaine era aquí muy necesaria para contrabalancear las intrigas del partido clerical que había llegado, en la ausencia del general en jefe, á excomulgar al ejército francés. En los cuatro meses que siguieron á la campaña hecha en el Interior por el ejército intervencionista, pareció que se gozaba de tranquilidad y que se efectuaba una reacción favorable á las ideas que proclamaba el general francés; aparecía aquel momento propicio para que Maximiliano inaugurara su reinado, si insistía en no atender á los consejos de su familia.

Las tropas aliadas y los franceses eran en apariencia bien recibidos en las poblaciones, con muestras de adhesión y regocijo que parecía el efecto de gran entusiasmo. Un oficial francés escribió una carta que publicó en París *La Patrie* del 3 de Febrero, en la que decía: "En todas partes repican las campanas á nuestra llegada; estamos fatigados de recibir coronas y flores."

Queriendo Bazaine imitar uno de los grandes hechos de Napoleón I en su expedición á Egipto, en cuanto á la creación de un Instituto formado con los hombres científicos que le habían acompañado, estableció también en México una Academia científica, con el auxilio de M. Doutrelaine coronel de ingenieros en el Cuerpo Expedicionario y del Sr. José Salazar Tarréguí, subsecretario de Fomento en la Regencia. A esa naciente corporación pertenecieron los coroneles Boyer y de la Jaille, el intendente Friant, M. Louet pagador en jefe, Mr. Laur, ingenieros de minas, algunos médicos del ejército y varios oficiales de artillería y Estado Mayor. Los trabajos de la Sociedad fueron inaugurados en una sesión solemne, á la que asistió el general en jefe acompañado del regente Almonte que ocupó la presidencia.

En la Cámara Legislativa francesa, se le hacía cruda oposición al Emperador Napoleon. Mr. Thiers quería que la Francia se retirara de la expedición de México, tratando con el Gobierno de Juárez; el Diputado Mr. Berryer consideraba que debía tratarse con el Gobierno que estableciera la expedición francesa, llamó loca é insensata la empresa de llevar á México á Maximiliano, que no podría sostenerse sin el apoyo de la Francia. Contestó el Ministro de Estado Mr. Rohuer á quien la mayoría del Cuerpo Legislativo colmó de bravos y aplausos, no obstante la vana y sofisticada palabrería que usó. Fué de notarse, que en la Cámara Legislativa

se contaron ya cuarenta y siete miembros de oposición, en vez de los cinco que tenía en la anterior. No pudo Napoleon ocultar á la Francia el enorme gravámen ocasionado en sus rentas por la expedición á México; y estando obligado á pedir autorización á las Cámaras para levantar empréstitos que cubrieran el déficit, se reveló el mal estado de la Hacienda pública, que á principios de 1864 llevaba gastados ya doscientos diez millones de francos en la empresa mexicana. Para reponer esta pérdida, se apeló á un empréstito de trescientos millones, en contra del cual levantó Thiers su autorizada voz, así como otros miembros de la oposición, y aunque la iniciativa fué aprobada, quedó descubierto el estado ruinoso del erario imperial.

El Ministro de Relaciones del Imperio francés Drouyn de L'huys, comunicó al general Bazaine, que los créditos sobre México se dividirían en dos categorías; anteriores y posteriores á la guerra; los primeros serían sometidos á una comisión nombrada por aquel gobierno, sin intervención ni anuencia del deudor, aunque se adicionó el pensamiento con la promesa de nombrar otra comisión mixta para el reconocimiento y liquidación de cada reclamación particular, en presencia de los documentos que se exhibieran, y los datos que se ministraran. La otra categoría de créditos, esto es, los posteriores á la guerra, estaba perfectamente determinada.

Ninguno de estos trabajos fué bastante para que la guerra con México dejara de ser impopular ante la opinión pública en Francia, en tanto que en los Estados Unidos era unánime el pensamiento de venir á expulsar á los franceses del territorio mexicano, conteniéndose en llevarlo á efecto inmediatamente, por la política previsora del gobierno de Washington que no quería complicar su guerra civil con la extranjera.

A la vez, en Washington, daban convites al representante del Gobierno del Sr. Juárez, los individuos más notables por su riqueza, su saber ó sus méritos, y en la política; reuníanse en la mesa los poetas, historiadores, banqueros, comerciantes, abogados y otras muchas personas, todos de elevada posición social, para demostrar sus simpatías por la causa de la República; en los brindis se consignaba la firme resolución del pueblo de los Estados Unidos, para oponerse con las armas en la mano á la Empresa del Emperador Napoleon, aguardando tan solo que las circunstancias fuesen propicias; esas y otras muchas señales de la voluntad de los norteamericanos, sostenían la creencia de que más ó menos tarde había de tomar la vecina República, una resolución definitiva en los asuntos de México.

Prueba de esto fué el paso que dió el Diputado W. Davis, presidente de Comisión de Relaciones Exteriores, en una moción concebida en estos términos: "El Congreso de los Estados Unidos, no quiere que su silencio deje á las naciones, la impresión de que es indiferente espectador de los deplorables acontecimientos actuales en la República de México, y considera oportuno declarar: "que no está conforme el pueblo de los Estados Unidos, en reconocer á un Gobierno monárquico, erigido sobre las ruinas de cualquier Gobierno republicano en América, ba-

jo los auspicios de cualquier Gobierno europeo." Esta moción fué aprobada por unanimidad de los Diputados que estaban presentes y sustituyó á otras mociones propuestas. La significación de tal paso era demasiado clara, venía á constituir un desafío al Emperador de los franceses, y revelaba el deseo inmoderado de manifestarle que la opinión era uniforme, lo cual indicaba los malos auspicios bajo los cuales venía Maximiliano.

Al volver Bazainé á México la noche del 4 de Febrero, dejaba ya al Sr. Juárez en marcha para Monterrey, aproximándose á la frontera de los Estados Unidos, última base de sus operaciones, supremo recurso para cuyo logro contaba solamente con los tres mil hombres de que disponía el general Doblado, en el Estado de Nuevo León.

Entonces las fuerzas republicanas estaban reducidas á tres grupos; en el Estado de Oaxaca el general Porfirio Díaz contaba cerca de cuatro mil soldados; Uraga cinco mil en el de Colima, y González Crtega en Durango y Sinaloa tenía también cuatro mil. Algunas guerrillas estaban esparcidas por la parte que ocupaba el ejército francés; pero presentaban poca resistencia y se dispersaban fácilmente en los terrenos accidentados, desde el momento en que alguna columna de fuerza organizada se desprendía en su persecución.

El regreso de Bazaine había fortalecido á la Regencia y quitado al alto clero mucha de su energía para continuar la oposición; el general victorioso, el hombre enérgico, aparentó un espíritu de conciliación que aunque algo tardío, fué imitado por el arzobispo de Guadalajara y los obispos de San Luis y Puebla, siguiéndoles la mayoría de los prelados, de manera que se encontró casi solo en su oposición el Sr. Labastida.

Para arreglar la liquidación de las cuentas y preparar el regreso del ejército, llegó á México el 16 de Enero (1864) el marqués de Montholon, con instrucciones amplísimas para tratar con cualquier Gobierno mexicano y arreglar la indemnización á que se refería el Emperador de los franceses en su último discurso. Llegaba Montholon en los momentos en que chocaba el partido clerical con la Regencia, lo cual debía haberle dado muy mala idea de lo que en el porvenir sería la obra de la intervención francesa.

A principios del año, el 3 de Enero (1864), se había embarcado en Veracruz M. Dubois de Saligny, obedeciendo al fin las órdenes del Emperador, y su sucesor Mr. de Montholon presentó sus credenciales al Gobierno de la Regencia el 17 del mismo mes, pues era necesario el violento cambio de ministro para arreglar algunos asuntos importantes, entre ellos el reembolso de los gastos de la guerra, que se elevaban ya á doscientos diez millones de francos, para cuyo arreglo había recibido Montholon instrucciones especiales; pero aunque se firmó un convenio en este asunto, tuvo que quedar en letra muerta por falta de fondos para cumplirlo.

Para poder satisfacer su cometido el enviado Montholon, quería que se integrara la Regencia con la cual tenía que concluir el convenio relativo al pronto re-